

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Sociedad de la información y trabajo inmaterial.

Pedro Giordano.

Cita:

Pedro Giordano (2011). *Sociedad de la información y trabajo inmaterial. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/406>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

“Sociedad de la información y trabajo inmaterial”

Autor: Lic. Pedro Giordano
D.N.I.: 30401631

Resumen:

Esta investigación se centra en el análisis de los conceptos de “sociedad de información” y “trabajo inmaterial”, cuya importancia ha devenido crucial dentro del debate económico a partir de las profundas contradicciones que se manifestaron en el modelo de acumulación capitalista a partir de los años setenta.

Para lograr un abordaje que logre captar ambos conceptos en su especificidad, se ha dividido al trabajo en tres partes:

En la primera de ellas se intenta desnaturalizar el concepto de “sociedad de información” subrayando las disputas por su definición, su utilidad histórica y la ambivalencia que supone señalar la etapa actual centrada en la información y el conocimiento, como si en otras etapas de desarrollo estos elementos no hubiesen sido vitales.

La segunda parte, introduce la noción de inmaterialidad que nos permite problematizar como la materia prima puede desmaterializarse para circular. La operatoria que se produce aquí es que el atributo de los insumos y los productos se transfieren al propio quehacer laboral permeando la definición de este último con los rasgos del primero. Para hacerlo, se presentan los desarrollos teóricos llevados a cabo por los autores italianos Maurizio Lazzarato y Antonio Negri, pioneros en tematizar el proceso mediante el cual el trabajo inmaterial devino hegemónico dentro del modo de producción capitalista a partir de la reestructuración de la fábrica en el transcurso de los años setenta.

Por último, se indaga acerca de la potencialidad política que esta nueva fase de acumulación presenta, centrándose en las características de este nuevo trabajador y su posibilidad de reestructurar al movimiento obrero.

Palabras clave:

Sociedad de información – Trabajo inmaterial - Operario social – Fabrica difusa – Sociedad post-industrial

Sociedad de la información y trabajo inmaterial

1. ¿Sociedad de la información o nuevo ciclo de acumulación capitalista?

Desde la década de los setenta el modo de acumulación capitalista enfrentó profundas contradicciones que se manifestaron en el plano de los procesos económicos. Algunos de las investigaciones seminales encontraron pruebas de esta tensión al estudiar el fenómeno partiendo de datos agregados y series de largo plazo (Richta, 1971; Bell, 1976; Nora y Minc, 1978). Más allá de las diferencias de abordaje y los focos específicos de análisis todos comenzaban a entender que se estaba frente al nacimiento de una nueva etapa de desarrollo capitalista y la *información* emergía como fuerza productiva determinante (Dantas, 1999). Frente a este panorama a escala mundial, desde los principales centros económicos mundiales se comenzó a diseñar un nuevo paradigma de desarrollo que pudiera convertirse en respuesta a la crisis y que, a su vez, caracterizara y diferenciara la nueva etapa de la etapa anterior de crecimiento sostenido. En consecuencia, el abandono del modelo industrial fordista y Estado de Bienestar necesitaba algún nuevo punto de anclaje que oficiara de principio estructurante del nuevo desarrollo económico por venir y que, a su vez, oficiara de explicación de la crisis en términos transicionales. Será Daniel Bell (Bell, 1976) quien inaugure con su libro *El advenimiento de la sociedad posindustrial* un conjunto de ensayos e investigaciones acerca de las características que tendería a asumir la sociedad (especialmente en los países desarrollados) luego del agotamiento de una etapa de treinta años de desarrollo económico. Para este autor uno de los soportes de la sociedad posindustrial estaría basada en nuevas formas de gestión social de una economía organizada en torno a la producción y circulación de conocimientos, lo cual supondría el reemplazo de trabajadores de cuello azul (operarios industriales) por los de cuello blanco (trabajadores de oficina) en el marco de un bienestar social crecientemente generalizado.

En 1975 la OCDE comienza a difundir la idea de constituir una Sociedad de la Información en la que tecnología y su capacidad de almacenar, manipular y transmitir información constituyan la clave para resolver la crisis económica y simultáneamente un modo de generar mayor democratización en la sociedad (Charras, 2006). La base estará ligada al avance de la industria informática, apoyado por el desenvolvimiento de las nuevas tecnologías. La complementación comunicacional de las tecnologías de la información termina por delimitar una zona de interdependencia que va a caracterizar al capitalismo contemporáneo. El aparato informacional comienza a ocupar un lugar destacable en los sectores productivos y se arguye que toda modificación tecnológica de información ejerce influencia sobre la dinámica del sistema, redimensionando rutinas y resignificando relaciones entre los agentes sociales (Carvalho Ganzert, 2008).

Como sugiere Tavares “los rasgos del nuevo modelo, en vías de maduración, tiene su trayectoria definida por las tecnologías digitales. Al reducir cualquier información

a secuencias de cero y uno –textos, sonido e imágenes a bytes¹- la digitalización viabiliza un proceso de apropiación y privatización de la información, por lo tanto posible de ser tratado con una misma medida: el tiempo. Generar y transmitir información consume tiempo de trabajo, pero también recibe información para ahorrar tiempo. La acumulación capitalista procura soluciones para tornar disponible un valor de uso resultante de ese tiempo ahorrado” (Tavares, 2002, p. 92). En la misma línea Castells (Castells, 1999) indica que el capitalismo (en especial las principales empresas y países del G7) en la década de los ochenta pasan por un proceso profundo de reestructuración organizacional y económica en el que las nuevas tecnologías de la información ejercen un papel fundamental en la medida en que las redes de telecomunicaciones y los sistemas de información preparan el terreno para la integración global de los mercados financieros y la articulación segmentada de la producción y del comercio mundial.

Para la Comisión Europea los cambios en las relaciones de precios afectan de manera fundamental al modo en que se organizan la producción y distribución de bienes y servicios transformando el trabajo, las estructuras de calificaciones y la organización de las empresas, lo que introduce un cambio fundamental en el mercado de trabajo y en la sociedad en su conjunto. Según Chesnais (Chesnais, 1996) el gran aumento de la producción y la rentabilidad en el sector de la manufactura y en las actividades de servicios concentradas se explica en gran medida por los factores de orden tecnológico y organizacional.

Al analizar los informes de la Comisión Europea, Becerra (Becerra, 2003) destaca que esta comisión refiere a la Sociedad de la Informes en función de tres virtudes claramente diferenciadas: 1) en lo económico permite expandir el mercado, incrementar beneficios, realizar un salto en la productividad y consecuentemente aprovechar las convergencia tecnológica protagonizada por la industrias info-comunicacionales; 2) en lo social permite un mejor aprovechamiento del tiempo productivo y mejora la calidad de vida; 3) en lo político permite nuevas oportunidades de participación en una democracia de tipo asambleario, mediante la conformación paulatina de una nueva esfera pública con Internet como reedición contemporánea del ágora ateniense. En este marco también tres serían las características que la definen: a) la información se convierte en insumo y en factor cardinal en la reestructuración de los procesos productivos en la medida en que incide en el modo en cómo se elaboran bienes y servicios del conjunto de los sectores de la economía (no sólo los relacionados con las industrias de información y comunicación); b) disminuye el costo de la producción y procesamiento infocomunicacional; c) se incrementa exponencialmente la capacidad de producir, procesar, almacenar y enviar volúmenes cada vez mayores de información.

Una de las nociones claves para comprender este proceso es el de *convergencia* (telecomunicaciones, informática y audiovisual). El fenómeno reposa en la homogeneización de los soportes, productos, lógicas de emisión y consumo de las industrias info-comunicacionales, incluidas, además de las tres mencionadas, la prensa escrita y la edición. En los hechos, los grupos y plataformas multimedia

¹ Se usa comúnmente como unidad básica de almacenamiento de información en combinación con los prefijos de cantidad.

suponen la posibilidad de imbricación de tecnologías, culturas y tradiciones de producción y procesamiento informativo, y distribución de las diferentes actividades info-comunicacionales.

Desde una perspectiva crítica, la Sociedad de la Información (SI) se basa en una filosofía que constituye una reedición de algunos de los fundamentos del ideario positivista. En efecto, existe una articulación entre los principios conceptuales evolucionistas que guían la construcción de la sociedad informacional, su justificación por parte de las organizaciones interesadas en su desarrollo, y el pensamiento de la corriente positivista y sus predecesores. En efecto, una de las bases del pensamiento positivista es la asociación mecánica entre el progreso, el bienestar y la ausencia concomitante de conflicto (Becerra, 2003). De allí que el desarrollo de la SI no puede comprenderse acabadamente a partir de una mutación de la base tecnológica (lo cual deriva en una particular forma de determinismo). Es en el marco de una transformación socioeconómica y política a nivel mundial que no solo operó como contexto sino que fue la que le dio forma al proyecto. Mattelart (Mattelart, 2002) sostiene que para comprender cabalmente el fenómeno de la SI es clave señalar que ella se enmarca en un proceso de realineamiento geopolítico a nivel mundial. Esta lectura pone en cuestión aquellas interpretaciones que suponen una direccionalidad inevitable basada en el desarrollo tecnológico. El autor introduce de este modo la dimensión ideológica en la medida que las lecturas desancladas de las realidades nacionales buscan naturalizar un proceso necesariamente conflictivo. Por ello es que el auge de este paradigma requiere ser interpretado en el marco de procesos empíricamente comprobables como el de la liberalización y la desregulación de las comunicaciones que permitieron el ingreso de grandes conglomerados transnacionales en las telecomunicaciones a mercados considerados hasta ese momento como monopolios naturales y la privatización del sistema televisivo (Charras, 2006).

Una idea que se busca imponer con el paradigma de la SI es que existe una relación directa entre el crecimiento económico buscado con la revolución informacional y el desarrollo social y cultural. Lejos de ello los indicadores de la distribución regresiva de los beneficios logrados por estas sociedades informacionales en los últimos decenios contradicen los vaticinios sobre el modelo SI como proyecto de recuperación del bienestar general de la población (Becerra, 2005, p. 136). Esa consideración llevó a sumar otra crítica a la del marco en que se gestó la SI. En efecto, otro elemento a considerar es el desigual acceso a los recursos infocomunicacionales en este modelo de sociedad. La creciente segmentación social en el acceso a los bienes y servicios ofrecidos en el marco de la SI es funcional a la lógica socioeconómica dominante que margina a grandes porciones de la población y adopta un desarrollo regresivo. En este sentido Becerra (Becerra, 2005, p. 127) sostiene que "la lógica argumental del proyecto de la SI es opuesta en varios sentidos a la que inspiró el informe del Nuevo Orden Mundial de la Información y Comunicación² en 1978. Esta entidad denunciaba desequilibrios y rémoras

² "El desfase entre el Primer y el Tercer Mundo originó el llamado a un "Nuevo Orden Económico Mundial" que implicaba una distribución más equitativa de los recursos económicos como reparación a la explotación durante el colonialismo. Pero al colonialismo político no sólo había sucedido otro económico sino también un colonialismo "informativo": de allí que la noción de "Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación" (NOMIC) buscaba incentivar un debate sobre la distribución mundial de recursos económicos, haciendo un llamado en lo relacionado con los recursos de información y comunicación por las mismas razones

colonialistas. Allí donde el NOMIC pretendía sembrar el germen de Políticas Nacionales de Comunicación con márgenes autonómicos ciertos, el proyecto de la SI distingue que hay mercados para las corporaciones transnacionales de comunicación. El sector de las tecnologías infocomunicacionales constituye uno de los centros de gravitación del NOMIC y también del proyecto de la SI, pero este último aspira a acompañar y robustecer esas tecnologías sin reparar en los criterios que determinan su desigual producción, distribución y apropiación en el planeta". Simultáneamente se produce otro fenómeno que refuerza el primero y está relacionado con lo que Roldán (Roldán, 2005) denomina una nueva división internacional-informacional del trabajo por la cual la producción con mayor valor agregado tiende a concentrarse en algunas regiones del mundo.

Sin lugar a dudas en los discursos de la SI la tecnología tiende a ocupar un lugar primordial que logra autonomizarse de los condicionantes sociales para ser un fetiche corporizado en internet, la informática, la electrónica y la biotecnología. La tecnología se encarna como una fuerza productiva en cuanto encarna todo conocimiento científico aplicado a la producción, que logra materializarse en máquinas y artefactos o en sistemas de gestión y organización de la actividad económica. Pero fundamentalmente esta fuerza productiva tiene un carácter explícitamente social, por su dependencia directa de las normas de funcionamiento del sistema capitalista. La tecnología actúa en dos dimensiones: sirve al cumplimiento de su finalidad práctica y contribuye a la valorización del capital. Posibilita la creación de valores de uso que operan en el mercado como valores de cambio (Katz, 1999). De ahí que la fuerte apuesta por la difusión de las tecnologías de la info-comunicación en la SI, responda a estrategias de incremento de la productividad y de recuperación del dinamismo del capitalismo a escala mundial. Pero para ello "el funcionamiento directo del mercado se ha impuesto solo al concluir la fase previa de maduración técnica y formación de una demanda de productos de 'high tech'-microelectrónica, computación, telecomunicaciones y redes- es un resultado de este agotamiento del ciclo preparatorio de tutela estatal. Recién en los años 90 la informatización es una fuente de beneficios extraordinarios y de grandes inversiones privadas en el propio sector" (Katz, 199, p. 208).

En este punto resulta útil diferenciar la información del conocimiento. El primer concepto se refiere a la organización y comunicación de los datos, mientras que el segundo a la formulación de juicio razonado a partir de estos mensajes. El conocimiento es un refinamiento de la información. Los datos procesados por el trabajo humano son integrados y sistematizados en forma relevante para cierta

(disparidad cualitativa y cuantitativa). Las críticas se concentraron en tres elementos: a) el Flujo unidireccional de la información: El "libre flujo" de la información se había convertido en una "circulación de sentido único" ante el desequilibrio entre las fuentes y los destinatarios; b) Contenido de la información: Las agencias de noticias, más preocupadas con los asuntos del Primer Mundo, ponían énfasis en las notas "sensacionalistas" o "de desastre" más que en las "noticias de desarrollo". El papel dominante en la definición de lo que era noticia distorsionaba y excluía valores y expresiones de los países tercermundistas, con lo que la discusión giró alrededor de qué debería reportarse acerca de una nación y quién habría de decidirlo; c) Control de la información: El desequilibrio informativo mantiene la dependencia, creando un nuevo estilo de colonialismo en el que las organizaciones de comunicación ayudaban a mantener el control al exportar el sistema de valores de la estructura de poder transnacional (dominación ideológica o imperialismo cultural). Este se les transfiere a través de su dependencia en las principales agencias de noticias y medios masivos occidentales que sirven como elemento distorsionador y de penetración política" (Marquez, 2003, p. 1).

actividad social. La recolección de información es diferente a la utilización para la elaboración de ideas y el desarrollo del pensamiento. Las nuevas tecnologías actúan directamente sobre la información e indirectamente sobre el conocimiento. Al generar, procesar y retroalimentar la información potencian el desarrollo del conocimiento. La informática potencia esta tendencia. Ahora bien la mercantilización de la informática abarca tanto la dimensión material (es decir los artefactos), como la inmaterial compuesta por la propia información y el conocimiento gestado a partir de ella. (Katz, 2009). Aquí aparece otra noción que nos interesa analizar, precisamente la de trabajo inmaterial en vistas de la importancia que asume para el campo de estudio que nos convoca.

2. Acerca de la materialidad del trabajo y los flujos de circulación inmaterial

A partir de los cambios detallados, en el ámbito científico social se ha llegado a un consenso acerca de que una era del modo de producción capitalista ha terminado, pero a la hora de decir que es lo que lo ha reemplazado, las opiniones abandonan la homogeneidad para dar paso a diferentes interpretaciones. Una de ellas es que estamos en presencia de una nueva etapa en donde el trabajo inmaterial pasa a ocupar un lugar hegemónico dentro de la producción mundial. Uno de los primeros autores en referirse a la cuestión fueron Lazzarato y Negri en dos escritos: "Trabajo inmaterial y subjetividad" y "Formas de vida y producción de subjetividad". Estos autores se dedican a estudiar el proceso mediante el cual el trabajo inmaterial devino hegemónico dentro del modo de producción capitalista. Estos cambios comenzarán a manifestarse a partir de la reestructuración de la fábrica en el transcurso de los años setenta y serán sostenidos por dos factores: el desplazo del obrero fordista³ como el paradigma explicativo de las dimensiones constituyentes del trabajo y el rol preponderante que irá obteniendo el trabajo vivo intelectualizado dentro de la producción. El objetivo de su investigación será entonces, ver, a partir de dicha reestructuración, que clase de obrero ha reemplazado al fordista, ocupando su lugar hegemónico dentro de la industria y analizar la manera en que este fenómeno ha influido a todo el proceso productivo. Para resolver el primero de estos problemas los autores retoman una de las tesis desarrolladas por el operaismo italiano en los años cincuenta⁴ según la cual se había utilizado la denominación de operario masa para caracterizar al modelo de trabajador hegemónico de la era de producción fordista.

De esta manera, a partir de dicho marco teórico, el problema se reconvierte centrando la investigación en el paso del operario masa al operario social como

³ A partir de aquí los términos fondista y taylorista serán utilizados como sinónimos, respetando la elección de cada autor.

⁴ El operaismo fue la categoría teórica que englobó al neomarxismo italiano desde finales de la década del cincuenta hasta mediados de los setenta. Su principal característica ha sido la de no limitarse al desarrollo intelectual, ya que, siempre contó con un importante desarrollo social y político ligado a las manifestaciones obreras. A partir de la década del setenta los operaistas se dividieron en dos ramas diferentes a partir de su distinta concepción de la nueva organización de clase. Por un lado estarán quienes hablarán de una ruptura que separaría la "autonomía de la clase" de la "autonomía de lo político" cuyos principales representantes fueron A. Assor Rosa, M. Tronti, M. Cassiari y A. Accornero. Por el otro, se agruparán quienes pusieron sus esperanzas en las formas de organización de clases no representativas, grupo integrado por A. Negri, S. Bologna, F. Gambino, R. Alquati y L. Ferrari-Bravo.

figura hegemónica de la producción. La adopción del concepto de operario masa es para sus autores el intento de construir una herramienta analítica que permitiera dar cuenta de manera apropiada del fenómeno estudiado, al mismo tiempo en que se convertía en una apuesta política. De esta decisión deviene el intento de estos teóricos militantes operaistas (R. Panzieri, M. Tronti y A. Negri.) de analizar las características de este trabajador a partir de un doble carácter: por un lado, sus características técnicas y las tareas que debe desempeñar y, por el otro, la potencialidad política de reestructurar a un movimiento obrero que se encontraba en plena crisis de organización debido a la implementación del taylorismo como el método paradigmático del proceso productivo. No solo se conformarán con una mera descripción de las actividades que desempeña la clase obrera sino que su principal apuesta será la de lograr su reconstrucción como instrumento político, buscando que su poder emerja por estar, al mismo tiempo, por fuera y en contra de la relación salarial.

Para los operaistas la clase obrera no es una forma abstracta que le debe su objetividad al lugar que ocupan dentro de la relación salarial, todo lo contrario, su identidad proviene de su constitución subjetiva: “La clase obrera no emerge y no lucha porque existe. Al contrario, existe porque lucha, se forma en los concretos acontecimientos en los cuales ella se niega como fuerza de trabajo y afirma su autonomía” (Lazzarato y Negri, 2001, p. 7). Entonces, la posibilidad que abre esta distinción es la de lograr la recomposición política de la clase obrera tomando como base su subjetividad en lugar de su composición técnica, ¿De que manera? Dejando de centrar la atención en el rol histórico o el fin político del proletariado y deteniéndose en la comprensión de cuales son los procesos de subjetivación colectiva. Ya no se trata de medir los niveles de organización obrera y sus modos de protesta a partir de formas políticas previamente elaboradas, sino que habrá que observar cómo en los momentos en que las bases materiales de la composición técnica de la fuerza de trabajo entran en crisis, posibilitando la emergencia de cambios en su organización, surgen, a partir de la composición subjetiva de los obreros, nuevos planes de acción y de reacción.

De esta manera, lo que logra el operaismo, es una inversión de los métodos de lucha obrera tradicionales, ya no se trata de integrar a la nueva militancia obrera a una vanguardia político-sindical que se encargará de concientizarlos, ilustrándoles los medios y las herramientas más adecuados que deben utilizar para hacer valer sus reivindicaciones, sino que se trata de que estos antiguos dispositivos político-sindicales se subordinen a las nuevas figuras emergentes de la subjetividad obrera. Así, las dimensiones técnicas y políticas del obrero se convierten en el principal objeto de interés de los estudios del operaismo. Ahora bien, partiendo de estos dos distintos niveles analíticos del operario masa, la conclusión a la que llegan es que este trabajador se encuentra doblemente masificado, por un lado, por los niveles de movilización de sus fuerzas de trabajo y por el otro, por el nivel de sus cualidades subjetivas: lo que ha hecho el taylorismo es incorporar al proceso productivo una enorme cantidad de fuerza de trabajo desempleada convirtiéndola en operarios con escasos niveles de calificación, quienes desempeñarán durante toda su vida el mismo rol dentro de la división técnica del trabajo organizada en base a la producción en serie, realizando tareas cada vez más simples y repetitivas⁵. La organización capitalista de la producción logró incorporar cuantitativamente a la

⁵ Esto emparenta el argumento de esta corriente con el clásico estudio de Braverman (Braverman, 1980).

fábrica a un número de trabajadores nunca antes vista al mismo tiempo en que determinaba las cualidades de sus trabajadores.

Este tipo de subjetividad era reprobado por las agrupaciones de izquierda tradicionales organizadas sindicalmente, porque descreían de su conciencia política, desacreditándolos como agentes capaces de hacer valer sus reivindicaciones históricas. A estos desafíos debieron enfrentarse los operaistas en su intento de recomponer políticamente a la organización obrera, y, dejando de lado el panorama desolador planteado por la izquierda, a mediados de los sesenta lograron que estos trabajadores con baja calificación y sin tradición combativa se convirtieran en uno de los principales frentes de lucha en contra de la organización taylorista del trabajo en toda Europa, llevando adelante una gran ofensiva operaria que consagrará a esta novedosa forma de organización sindical, por fuera de los mecanismos de protesta tradicionales, la cual fue denominada como “autonomía operaria”.

Los efectos de esta gran ofensiva serían muy beneficiosos para estos trabajadores, ya que, a mediados de los setenta, momentos de su definitiva consolidación, conseguirían la institucionalización de sus logros por medio de un aparato de garantías jurídicas (principalmente el Statuto dei lavoratori que les permitiría interferir en la determinación de las proporciones salariales). Pero, a medida que la autonomía operaria iba ganando terreno, haciendo valer sus reivindicaciones, las cuales quedaban garantizadas por la nueva legislación laboral y por los dispositivos del estado de bienestar, ciertos cambios estructurales en la forma de organización del trabajo estaban haciendo surgir una nueva composición de clase que quedaba por fuera de estos beneficios. La problemática con respecto a esta segunda forma de organización laboral ajena a los privilegios brindados por el estado de bienestar, constituida principalmente por trabajadores terciarizados y precarizados, al mismo tiempo en el cual empezaban a aparecer las primeras olas de desempleos masivos, abrirán los debates que lucharán por obtener el monopolio de la explicación acerca del surgimiento de un nuevo régimen de acumulación.

En este contexto es donde se introduce la investigación de Lazzarato y Negri, para quienes en el transcurso de los años setenta los espacios de autonomía conquistados hasta entonces por las luchas obreras y sociales se detendrán debido a la recuperación de la iniciativa capitalista que dará comienzo a una fase de reestructuración, en la cual, el modo de producción fordista llegará a su fin y se comenzará a hablar, por el momento, de post-fordismo, fenómeno que acarreará principalmente una consecuencia: el rol hegemónico que irá tomando el trabajo inmaterial, con su modelo característico de trabajador: el operario social.

La centralidad que pasará a ocupar el trabajo vivo cada vez más intelectualizado en la producción, será la característica principal que les permitirá a los autores referirse a una transformación en la organización laboral, según la cual la actividad abstracta que remite a la subjetividad del trabajador tenderá a ser hegemónica. Para dar cuenta de ella habrá que detenerse a observar las mutaciones que sufre el obrero, encontrándonos con el incremento de las responsabilidades que éste pasa a tener dentro del proceso productivo. Ahora, deberá decidir entre diferentes alternativas, razón por la cual, su trabajo se convierte progresivamente en un trabajo de control, siendo su principal actividad la de gestionar los distintos tipos de información, optando por la más conveniente. Para cumplir satisfactoriamente su misión un

aspecto fundamental será que este nuevo obrero logre organizar y dominar su personalidad y subjetividad en torno a las tareas que debe desempeñar.

Estos cambios se verán reflejados de manera distinta según el lugar y la importancia que cada obrero tenga dentro de la fábrica, pero, según los autores, este proceso es irreversible y se irá extendiendo hasta transformar a toda la organización laboral. Ahora bien, esta nueva forma de organización del trabajo también debe tener un lugar en donde sea realizada, como la fábrica taylorista ya no sirve como modelo explicativo, será el concepto de "fábrica difusa" el que los autores utilizarán para describir el sitio en el cual, a partir de ahora, se organizará el ciclo social de la producción. La utilidad que encuentran en dicho concepto es que con él logran dar cuenta de que la organización del trabajo se encuentra totalmente descentralizada, al mismo tiempo de que se contemplan las diferentes formas de precarización y terciarización laboral.

La tesis que intentarán demostrar será la siguiente: "el ciclo del trabajo inmaterial está preconstituido por una fuerza de trabajo social y autónoma capaz de organizar su propio trabajo y sus propias relaciones con la empresa. Ninguna "organización científica del trabajo" puede predeterminar este savoir-faire y esta creatividad productiva social que, hoy, constituyen la base de toda capacidad empresarial" (Lazzarato y Negri, 2001:2)

Para los autores, esta tesis podrá ser corroborada si se demuestran dos fenómenos: la independencia de la actividad productiva frente a la organización capitalista de la producción y el proceso de constitución de una subjetividad autónoma en torno a una nueva figura, la "intelectualidad de masa". Comencemos con el primero de ellos: en las fábricas post-fordistas y en la sociedad productiva post-industrial los sujetos productivos se constituyen, tendencialmente, antes y de modo independiente respecto a la actividad del empresario capitalista. Esto genera que la categoría de trabajo tradicional sea puesta en jaque como modelo explicativo de la actividad realizada por la fuerza de trabajo inmaterial. En primer lugar, la relación que se establece entre el trabajo y el capital ya no puede ser vista como una simple subordinación sino que deberá ser analizada como la de una independencia progresiva del primero por sobre el segundo. La constitución del operario social es autónoma y previa a la influencia del capitalista, siendo la tarea principal que este último debe desempeñar la de adaptarse a la articulación independiente de la cooperación social del trabajo en la fábrica. A su vez, esta independencia ira de la mano con una autonomía que va logrando el trabajo en su productividad, ya sea individual o colectiva, ya que, gracias a esta cooperación social, el conocimiento de todo el proceso productivo le pertenece al trabajador social, razón por la cual, la función del empresario ya no será la de controlar dicho proceso desde su interior, como se produce una inversión, siendo el trabajo quien define al capital, sus antiguas funciones de control y de vigilancia ahora deberán ser realizadas desde el exterior y su principal tarea será la de dedicarse a las políticas que sigan garantizando la explotación.

Por ello es que los límites que antiguamente diferenciaban el tiempo de trabajo del tiempo destinado a la reproducción y del tiempo libre, se vuelven cada vez más difíciles de distinguir, razón por la cual, se hablará de tiempo de trabajo global, término que deja de lado la antigua división entre tiempo productivo y tiempo de goce.

Veamos ahora, la segunda de las cuestiones, la de la constitución de una subjetividad autónoma: frente a ese operario masa con escasos niveles de calificación y destinado a desempeñar toda su vida una tarea simple y repetitiva, para los autores, a medida que el trabajo inmaterial deviene hegemónico, la fuerza de trabajo se transformará en intelectualidad de masa, cuya principal característica es la de ser un proceso de subjetivación autónoma. Esto quiere decir que se ha constituido por fuera de la tradicional forma de trabajo asalariado y “sólo sobre la base de su autonomía establece su relación con el capital” (Lazzarato y Negri, 2001, p. 8). De esta manera, el proceso de producción de subjetividad ya no es determinado por el capital sino que se constituye por fuera de la relación con este, es decir, dentro del proceso productivo. Por esta razón su saber deja de ser expropiado convirtiéndose en pura potencialidad (volveremos a este asunto más adelante, en el momento en que veamos la potencialidad política que tiene para estos autores este nuevo trabajador). Esto deberá quedar bien en claro, la principal apuesta de los autores no se remite simplemente a describir el proceso mediante el cual, en esta nueva fase del capitalismo, el trabajo se vuelve cada vez más inmaterial, sino que su objetivo consiste en demostrar como el trabajo inmaterial se ha convertido en la base fundamental de la producción. Este cambio en la forma de organización del trabajo tiene una característica novedosa, ya que, no solo se remite a la fase productiva sino que incorpora al ciclo entero reproducción-consumo, razón por la cual, abandonará su antigua forma de reproducción basada en la explotación para adquirir una nueva centrada en la subjetividad. Para poder analizar esta cuestión y adentrarnos en las primeras definiciones acerca del trabajo inmaterial, habrá que remitirnos al escrito de Lazzarato publicado en 1993 titulado “El ciclo de la producción Inmaterial”.

En él, Lazzarato sostiene que para lograr comprender que es el trabajo inmaterial habrá que detenerse a analizar la forma novedosa en que se relacionan la producción y el consumo en esta nueva etapa, totalmente diferente a la que se presentaba en el modelo fordista, ya que, será propiamente el trabajo inmaterial el encargado de activar y de organizar a dicha relación. En primer lugar, habrá que señalar que el valor de uso del trabajo inmaterial es su contenido informativo y cultural y que, la mercancía que produce tiene la particularidad de no ser destruida una vez que se la consume, sino que perdura en el tiempo, creando un nuevo ambiente ideológico y cultural para los consumidores.

Esta mercancía, ya sea realizada en forma de cooperación productiva entre los trabajadores o mediante una relación social con el consumidor, “da forma y materializa las necesidades, el imaginario y los gustos del consumidor. Y estos productos deben, a su vez, ser potentes productores de necesidades del imaginario, de gustos” (Lazzarato, 2001, p. 25). Esta es la razón por la cual se altera la tradicional relación entre producción y consumo. El modelo fordista en donde el consumo se encontraba determinado por la producción es reemplazado por este nuevo proceso en el cual, la necesidad y el deseo por consumir son constituidos a partir de una comunicación social entre ambas partes. Se trata entonces, de una nueva etapa de trabajo en la cual se produce una relación social que atraviesa a las distintas partes constituyentes del proceso productivo: al productor, al producto y al consumidor. Ahora bien, dada la importancia que pasa a obtener esta relación social dentro de la producción, la subjetividad y el ambiente ideológico en el cual el trabajador vive y se reproduce pasa a ser la materia prima del trabajo inmaterial. De esta manera, la producción de subjetividad deja de ser un instrumento que utilizaba

el capital para someter a los trabajadores en la era fordista, para convertirse directamente en productiva, cumpliendo el objetivo fundamental de ser quien se dedique a construir al consumidor. Esto puede ser visto en ejemplos concretos: Lazzarato menciona a quienes se dedican a la publicidad, a la moda, al marketing, a la televisión y a la informática, como los casos paradigmáticos de trabajo inmaterial, ya que, estos se encargan de satisfacer la demanda de los consumidores al mismo tiempo en que la constituyen.

Estos aspectos quedarán más esclarecidos una vez que sean presentadas las diferencias específicas de los distintos momentos que componen el ciclo de producción del trabajo inmaterial con relación a las formas clásicas de reproducción de capital.

Este ciclo se inicia con el autor, encontrándonos con un trabajador alejado de las formas tradicionales de organización laboral, ya que, pierde su dimensión individual caracterizada por la confluencia de los distintos tipos de saberes y se transforma en un proceso organizado industrialmente en el cual se organizan sus actividades en base a la cooperación social y en donde el contenido cultural, el informativo, las actividades manuales y las actividades emprendedoras se constituirán de manera colectiva, razón por la cual, a partir de ahora el trabajo deberá ser pensado bajo la figura de una "red de flujo" (Lazzarato, 2001, p. 27). En segundo lugar habrá que ver cuál es su producto. A la mercancía que se obtiene de los procesos de formación de la comunicación social se la denominará "producto ideológico" y son, al mismo tiempo, el resultado y el presupuesto del trabajo inmaterial. Su principal característica consiste en no ser un reflejo de la realidad sino la de ser una forma novedosa que intercede en la realidad, reclamando nuevas tecnologías para su realización. Solucionado este problema resta ver, ¿A quién se destinan estas mercancías? Al público, al cliente, pero no entendido en su forma tradicional sino atravesado por una doble función productiva, por un lado, como quien consumirá el producto ideológico, móvil para iniciar su producción pero, por el otro, como un modelo de consumidor a quien se le debe instalar el deseo por la recepción, momento en que se hace presente el proceso de creatividad del autor. Por ello es que este público se desdobra y al mismo tiempo en que es un consumidor se convierte en un comunicador de sus intereses.

El último momento del ciclo está constituido por los valores y la genealogía de la innovación. Aquí Lazzarato se refiere a la consumación del proceso, es decir, a la realización de una transacción exitosa. Para que ésta ecuación resulte, el autor tendrá que haber realizado un trabajo de creación que haya podido lograr un producto novedoso que logre satisfacer los gustos y valores que el público requiere. Por esta razón, estos valores son el principio y el fundamento de todo el ciclo.

Para continuar tratando de comprender cuales son las características específicas del trabajo inmaterial serán mencionados los aportes realizados al tema por un autor que ha escrito siguiendo la misma línea teórica de Lazzarato y Negri. Se trata de Carlos Altamira, quien en "La naturaleza del trabajo en fin de siglo", también comienza su investigación a partir de los cambios ocurridos en la economía mundial desde la década del setenta, centrándose en el desmantelamiento del estado benefactor a través de la mercantilización de la salud y la mayor flexibilización laboral, procesos que se dieron paralelamente a la disminución del gasto público y al constante déficit fiscal. ¿Cómo se interpreta esta ruptura de los grandes consensos

keynesianos, responsables de la integración social de los trabajadores? Para el autor consiste en una estrategia del capital para minar la unidad de la clase obrera, generando una fractura interna dentro del movimiento, cuya principal consecuencia será la de alterar la tradicional forma de negociación demoliendo la protesta colectiva, a partir de la creciente disminución de la sindicalización y dejando aislados a los trabajadores a la hora de realizar sus reclamos. Siendo su principal objetivo el de desarticular esta composición de clase cuya homogeneidad había dado sustento al ciclo de lucha, las principales políticas de la ofensiva capitalista fueron la introducción de las nuevas tecnologías, la deslocalización de la producción fuera de las fábricas con su inminente desarrollo de los mecanismos de subcontratación, el crecimiento del trabajo precarizado y terciarizado, la redefinición de las relaciones entre empresa y estado, el desarrollo de políticas oficiales de contención salarial y el desmantelamiento de las viejas relaciones keynesianas, siendo el objetivo que perseguían, el de desarticular la composición de clase cuya homogeneidad había dado sustento al ciclo de lucha. A la hora de nombrar esta nueva era que comienza, el autor la denomina como posfordista y su principal característica es que el sistema capitalista se ha expandido a nivel global incorporando todos los espacios sociales, donde la producción asistida por computadora ha triunfado y la informatización se ha extendido en la sociedad, razón por la cual, el trabajo y la cooperación social han devenido en una sustancia social común. Otra de las características principales de esta etapa es la penetración de los servicios en el corazón de la estructura fabril productiva, provocando sustanciales modificaciones en la organización del trabajo, al mismo tiempo en que se diseminan los diversos procesos productivos en dicha área y en que los modos de regulación de los flujos comerciales trascienden las barreras nacionales, articulándose por medio de los conglomerados transnacionales que han alcanzado nivel mundial.

Los cambios en este sector no han sido desconocidos por los autores italianos, para Lazzarato, será en el sector servicios donde las tendencias a la integración de la relación entre la producción y el consumo se aprecie con mayor claridad, debido a la progresiva intervención del consumidor en la elaboración del producto. Para el autor, este fenómeno se ve ilustrado con la disminución de los servicios de los empleos de back-office, que es el trabajo clásico de los servicios y el consecuente aumento de los front-office, es decir, las relaciones con los clientes.

Retomando a Altamira, la principal consecuencia que estos cambios provocan será la potenciación de la circulación, siendo su control en tanto espacio articulador entre la producción y la reproducción del capital, el problema emergente. Dado el lugar central que pasa a ocupar el tiempo de circulación, "la producción es subsumida por la circulación y viceversa, y el trabajo productivo ya no se limita a la producción de capital sino también a la reproducción social." (Altamira, 2002, p. 3). Al igual que para Lazzarato y Negri, otro factor importante a tener en cuenta a la hora de analizar esta mutación del trabajo es la modificación espacial experimentada por los procesos laborales en donde ya no es posible considerar a la fábrica como el lugar paradigmático de la concentración del trabajo, ya que, este se ha extendido a lo largo de toda la sociedad.

Ahora bien, el concepto de era post-fordista no le alcanza para describir en su totalidad los cambios que se están produciendo, razón por la cual, Altamira plantea que estamos asistiendo a una transformación en la naturaleza del trabajo cuya característica principal es la de convertirse en "inmaterial", asociando este concepto

con el de intelectual y tecno-científico. Para este autor “el trabajo inmaterial puede ser entendido en primera instancia como aquel trabajo productor del contenido informativo y cultural de la mercancía, concepto que se refiere a dos aspectos diferentes del trabajo concreto” (Altamira, 2002, p. 4). Con informativo lo que intenta destacar es el contenido de información que posee la mercancía y alude a las modificaciones del trabajo provocadas en las grandes empresas industriales y las grandes organizaciones pertenecientes al terciario. Con contenido cultural se ilustra una serie de actividades que, si bien no se encuentran codificadas como tareas, tienden a definir el contenido cultural, artístico, de moda, gustos y consumo estándar, apoyados por lo que se conoce como la opinión pública. Estas mutaciones producen cambios en el proceso de trabajo, los cuales están marcados por el surgimiento de una red cada vez más densa de cooperación de distinta índole, por una integración del trabajo de apoyo en todos los niveles así como por una interrelación informatizada de todos ellos.

Las principales consecuencias económicas que tiene para el autor este rol protagónico que va logrando el trabajo inmaterial: a) en primer lugar, una nueva forma de organización laboral requerirá una nueva fuerza de trabajo que será la encargada de llevar adelante este trabajo inmaterial, la cual, en comparación con aquella que principalmente se dedicaba al desarrollo de actividades manufactureras, deberá poseer mayores niveles de formación y la capacidad de poder realizar distintas tareas. b) Con respecto a la producción, este papel hegemónico que va ganando progresivamente el trabajo inmaterial provoca que se este dejando de lado la producción material de mercancías y el papel motor de la manufactura, a medida que el sector de los servicios comienza a ocupar un lugar preponderante e independiente. c) Otro factor importante, como ya ha sido mencionado es el de la dislocación de la fábrica, fenómeno que trae aparejado que el trabajo productivo se disemine en la sociedad y que la sociedad como tal sea subsumida dentro del proceso de producción. d) Por último, se produce un fenómeno paralelo, mientras que la cooperación social alcanza el rango de cooperación productiva convirtiéndose cada más inmaterial y la fuerza de trabajo más cooperativa, la jornada de trabajo se flexibiliza y la composición técnica del asalariado se vuelve cada vez más precaria, al mismo tiempo en que se conforma una nueva categoría social: los parados, constituida por aquellos trabajadores que se han quedado sin empleo y sin posibilidad de acceder a él.

3. Potencialidad política de la nueva fase de acumulación

Hasta el momento nos hemos remitido a describir el proceso mediante el cual el trabajo inmaterial (para las corrientes analizadas) deviene hegemónico y las características técnicas de su trabajador tipo, el operario social. Pero, en esta última parte, será retomado el segundo punto de interés de los análisis de la corriente crítica operaista, es decir aquel que se interesa por la potencialidad política de este trabajador y su posibilidad de reestructurar al movimiento obrero. Para ilustrar el objetivo de este apartado resulta pertinente mencionar una investigación desarrollada por Ariel Fazio, titulada “El trabajo inmaterial como problema de la filosofía política”, en donde precisamente lo que hace es enfatizar esta preocupación tratando de demostrar la importancia que tiene el trabajo inmaterial como problema emergente de la filosofía política, capaz de proveer un marco adecuado para el tratamiento de cuestiones históricas sobre la relación entre trabajo y propiedad.

Retomando los aportes de Altamira, quien al finalizar su investigación sobre las transformaciones en la naturaleza del trabajo, repasa las principales consecuencias políticas que se producen a partir del proceso que vuelve hegemónico al trabajo inmaterial, nos advierte acerca de la necesidad de que se asiente una nueva composición de clase capaz de llevar adelante la organización laboral. Pero, el panorama que abre es bastante desolador, ya que, para este autor, a pesar de que la nueva fuerza de trabajo tiene una potencialidad productiva mayor que la fordista y que se encuentra instalada en un lugar esencial de la producción, dado que dispone de su propia fuerza intelectual, posee un poder político mucho más débil que el de la clase obrera fordista, ya que, se encuentra dividida, segmentada y con bajo nivel de conciencia acerca de su potencialidad. Por otro lado, señala que a partir de estos cambios, el capital se ve obligado a utilizar más frecuentemente el poder político en función represiva. Mientras la democracia se hace cada vez más restringida, el nuevo sujeto obrero reivindica para sí toda la hegemonía en el proceso de trabajo. Por esto se convierte en imprescindible empezar a debatir acerca del surgimiento de un nuevo sujeto que logre llevar adelante la organización política y le de una entidad propia a este nuevo trabajador, el obrero social.

Para ver la respuesta que ofrecen a este problema Lazzarato y Negri habrá que retomar una de las cuestiones que había quedado pendiente para ver, en primer lugar, como es la nueva relación que se establece entre el capital y el trabajo. Como había sido señalado anteriormente, para estos autores, una vez que el trabajo inmaterial deviene hegemónico, la fuerza de trabajo se transformará en intelectualidad de masa. Con este concepto lo que se intenta destacar es la nueva capacidad que adquieren los trabajadores de producir autónomamente su propia subjetividad, por fuera de la tradicional forma de trabajo asalariado y ajena a cualquier tipo de determinación del capital.

Este proceso consigue que todas las características del modo de producción precedente tiendan a trastocarse. Al construir un obrero tipo autónomo e independiente, cambia la antigua relación entre el capital y el trabajo. La principal apuesta de los autores será la de decir que dicha relación ya no es más una contradicción dialéctica sino que a partir de ahora habrá que denominarla como una contradicción alternativa. Éste es un intento de enfatizar la libertad y autonomía que va ganando el trabajador, razón por la cual su existencia ya no dependerá más del capital. Por ello es que señalan que la relación entre ambos deja de ser una contradicción dialéctica basada en el antagonismo de las dos clases que pelean por el poder, típica de las sociedades industriales. El trabajo inmaterial crea un sujeto trabajador independiente que lo libera de la relación capitalista, que lo deja por fuera de ella, razón por la cual, en las sociedades post-industriales la constitución no deberá ser buscada en las figuras del trabajo, sino más precisamente en las del no-trabajo, las cuales presentaran alternativas constitutivas de una realidad social diferente, con diferentes relaciones de poder y distintas opciones dentro del capital. Por ello es que la identidad de los trabajadores ya no es desvelada en la relación antagónica que mantienen con el capital, lo que los unifica no es el ser trabajadores asalariados enfrentados al capitalista quien les compra su fuerza de trabajo y les extrae plusvalía, sino los procesos autónomos de constitución de subjetividad alternativa. Si todos los conceptos se modifican, el de revolución no será la excepción a la regla. Si bien éste seguirá manteniendo su principal característica de

ser una ruptura radical, una vez que el trabajo inmaterial deviene hegemónico, deberá subordinarse a los procesos de organización independiente de los trabajadores.

A la hora de ver cuál es la potencialidad política que para el operaismo tiene este nuevo trabajador habrá que abandonar nuevamente los trabajos realizados en conjunto por estos autores y remitirnos a una de las tesis que Michael Hardt y Antonio Negri desarrollan en su libro "Imperio", en donde sostienen que el capitalismo contemporáneo tiene la característica de ser la fase en que se concreta lo que Marx denominó como la subsunción real de la sociedad en el capital, cuya principal característica consiste en que todos los procesos productivos surgen dentro del capital mismo y, por lo tanto, la producción y la reproducción de la totalidad del mundo social tienen lugar dentro del capital, razón por la cual, este ya no tendría un afuera. Para que este fenómeno se concrete, señalan tres paradigmas económicos que se han sucedido a lo largo del tiempo provocando distintas etapas en la conformación del sistema productivo: la primaria es donde la economía se encontraba dominada por la agricultura y la extracción de materias primas, la secundaria se encontraba dominada por la industria y la producción de bienes durables y, finalmente, la terciaria, donde la economía es dominada por el trabajo inmaterial, es decir, por la provisión de servicios y el manejo de la información. Readaptando la tesis de Deleuze según la cual estamos viviendo el paso de una sociedad disciplinaria a una sociedad de control, los autores señalarán que esta tercer etapa se corresponde con la transición histórica marxiana de la subsunción formal a la real, por lo cual, la principal característica del capitalismo posfordista sería la de tener una implicación mutua de todas las fuerzas sociales al servicio del capital.

Esta nueva forma en la que muta el capitalismo Hardt y Negri la van a denominar "producción biopolítica" debido a las consecuencias directas que causa en el trabajador: Como hemos visto, lo que el trabajo inmaterial termina produciendo es que se desdibuje la línea divisoria entre tiempo de trabajo y tiempo libre. Bajo esta nueva modalidad, se le pide al trabajador todo aquello que antes se desarrollaba en el tiempo libre, como ser, comprometerse con la empresa, que ponga en juego sus capacidades intelectuales, que sea emprendedor y tenga iniciativa autónoma, que pueda comunicarse y desarrollar vínculos afectivos. Al desdibujarse esta línea termina desapareciendo la distinción entre un afuera y un adentro de la producción cuya consecuencia principal es que la vida misma asume una función productiva. De esta manera, el capitalismo se afianzó a través de la posmodernización de la economía, subsumiendo realmente -o, en otras palabras, convirtiendo en productivos- todos los ámbitos de la vida, los cuales son manejados por medio de un control global.

Ante este panorama, descartan por un lado a la línea reformista, debido a que, los mecanismos institucionales serían funcionales a la lógica sistémica y, por el otro, a la salida revolucionaria, ya que, la idea de una toma del poder como medio para la revolución social pierde todo sentido, ya que, la lógica que se intenta combatir sería reproducida por las formas de vida que anteriormente interiorizaron. En otras palabras, si la sociedad civil es parte de la fábrica, ningún corte abrupto es posible. Gracias a la potencialidad política que adquiere la sociedad civil, que se convierte en una multitud (noción que pasa a ocupar el lugar del proletariado como sujeto

revolucionario), es que las resistencias ya no son marginales, sino que pasan a constituir fuerzas activas que operan en el centro de una sociedad que se despliega en redes. Es esta nueva forma de producción que abarca a todo el mundo y a todas las personas, incluidas en él, la que forma a esta "multitud" y quien los une en un todo homogéneo bajo una misma característica: el trabajo. Por esta razón, este todo con intereses en común y mismas necesidades encontraría en la actualidad las mayores posibilidades de reunirse para plantearle al capital sus exigencias. Ahora bien, en el trabajo mencionado anteriormente en el cual Fazio pone en debate la necesidad de que el trabajo inmaterial se convierta en un problema de investigación de la filosofía política, retoma las conclusiones de estos autores y menciona una fuerte crítica que Laclau le ha realizado a este planteo, al decir que lo que vuelve homogéneo a este todo es su actitud de estar en contra del imperio. El problema que se presenta entonces es de dirección: ¿Hacia donde es que deben apuntar sus críticas? Al ser lo único que la engloba, su crítica negativa de rechazo al capital, esta multitud queda imposibilitada para defender éticamente alguna posición política y mucho menos, ensayar una ruptura revolucionaria.

Por ello es que Fazio sostiene la conclusión a la que llega Laclau y nos dice que en los horizontes de la teoría presentada por Hardt y Negri no aparece una opción verdadera., razón por la cual, en su búsqueda del sujeto que pueda llevar adelante la transformación política, decide alejarse del operismo italiano, presentando los aportes de Dussel quien descarta las acciones reformistas y, debido a la excepcionalidad de apertura de una situación revolucionaria, propone una propuesta superadora al introducir al tercer término excluido del binomio reforma-revolución, el de transformación: "cambiar el rumbo de una intención, el contenido de una norma; modificar una acción o institución posibles, y aun un sistema de eticidad completo, en vista de los criterios y principios éticos enunciados, en el mismo proceso estratégico y táctico" (Dussel, 1998, p. 543). Para estos autores la solución consiste en no desechar políticamente ninguna opción buscando constantemente alternativas tanto de carácter negativo o reactivas, como de carácter positivo o activas. De esta manera, Fazio llegará a la conclusión de que "si en la base del trabajo, de la propiedad, de la sociedad capitalistas se encuentra el individualismo posesivo, aquello que pueda efectivizar la comunidad -y la libertad entendida a partir de ella- será una alternativa que, al menos potencialmente, tendrá la cualidad de poder subvertir lo dado." (Fazio, 2006, p. 100).

Por esta razón es que el trabajo inmaterial debe ser abordado como problema de la filosofía política y puede llegar a servir como espacio para la transformación política, ya que, por su particular naturaleza, hace que sea más fácil resaltar desde él mismo, la idea de lo comunitario, lo cooperativo, lo social, ofreciendo abundantes posibilidades para pensar alternativas a una situación dominante basada en una organización socio-político que se sostiene en el individuo y no en la comunidad, en el propio interés y no en la cooperación, en el egoísmo y no en la socialización.

Para finalizar, será mencionada la importancia que le dan al rol del intelectual en esta nueva era Lazzarato y Negri. Para hacerlo nos presentarán tres épocas distintas de la constitución política de la sociedad moderna: La primera es la era de la política clásica, época de transición del feudalismo hacia el capitalismo, en la cual los antiguos lazos feudo-vasalláticas fundantes del antiguo régimen están siendo dejados de lado ante el nacimiento de una sociedad que dividirá a sus miembros en

dos clases, proletarios y burgueses y en donde el poder es visto como una relación de dominación. En esta etapa el rol del intelectual será el de dedicarse a la filosofía, a la epistemología y a la ética, manteniéndose totalmente ajeno a los procesos de trabajo. La segunda época será denominada, por un lado, como la de la representación política, debido a que el poder se convierte en una propiedad constituyente de cada ciudadano objetivado como poder jurídico y representativo y, por el otro, como el nacimiento de las 'técnicas disciplinarias' que someterán al cuerpo de los individuos forzándolos a interiorizar las normas que los convertirán en seres útiles económicamente y dóciles políticamente, siendo el trabajo el legitimante y organizador de estas relaciones de poder. Aquí el intelectual ya no puede mantenerse distante y deberá afrontar un compromiso de clase. La tercer y última etapa será la de la política de la comunicación. La crisis de las antiguas formas de representación política y de las técnicas de control disciplinarias llevarán a que el trabajo no sea más fuente de legitimación, iniciando la era del no-trabajo. Los cambios en el proceso productivo con sus correspondientes procesos de subjetivación, mediante los cuales el trabajador consigue su autonomía frente al capital modificarán las antiguas relaciones de poder, abriendo una lucha por el control del sujeto de la comunicación, en donde confluye lo político, lo económico y lo social, razón por la cual, ésta unidad será el lugar que permitirá la emergencia de los procesos revolucionarios. Como el trabajo ya no tiene un afuera, el intelectual se encuentra totalmente absorbido por el proceso productivo. Por esta razón, su misión será la de intervenir en el agenciamiento colectivo, tratando de llevar adelante una acción crítica y liberadora de este nuevo sujeto de la comunicación, fuente del cambio de las relaciones de explotación pero, teniendo en cuenta que su acción siempre será realizada desde el interior del mundo del trabajo.

* * *

La denominada Sociedad de Información constituye un constructo que como tal puede ser historizado al punto de determinar el contexto de surgimiento. Más allá de los apologistas que buscan naturalizar los rasgos que la definen no puede ser comprendido cabalmente sin contemplar los intereses económicos sectoriales y nacionales que la incentivan. Uno de los elementos centrales es que para comprender sus alcances es necesario situarlo en el marco de las necesidades que el sistema capitalista se enfrenta a escala mundial. En su afán por conquistar espacios de la vida social aún no mercantilizados, el capitalismo avanza sobre bienes posibles de ser mercantilizados y por ende creadores de valor. Toda creación de valor se topa con la necesidad de desarrollar las formas más adecuadas (para el capital) de organizar el proceso de trabajo y de allí de extracción de plusvalía. Aquí es donde se introduce la cuestión del trabajo inmaterial en cuanto esta mercancía posibilita la articulación de formas novedosas de relacionamiento entre el capital y el trabajo en cuanto requiere procedimientos de manipulación que rompen con los esquemas tradicionales. Precisamente en el siguiente capítulo nos interesa adentrarnos en el proceso de trabajo delimitando los cambios operados en él, llegando a los rasgos que caracterizan la etapa actual signada por la informatización.

Bibliografía

- Altamira, C. (2001). "La Naturaleza del Trabajo en el Fin de Siglo", en *Memoria*, Núm.28.
- Becerra, M. (2005). "Las políticas de infocomunicación ante la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información (CMSI)", *Quaderns del CAC*, N° 21: 125-139.
- Becerra, M. (2004). *Sociedad de la información: proyecto, convergencia, divergencia*. Bogotá: Grupo editorial Norma.
- Bell, D. (1976). *El advenimiento de la sociedad post industrial*. Madrid: Alianza editorial,.
- Carvalho Ganzert, C (2008). *Capitalismo informacional: novas reflexões sobre a (re)produção contemporânea do conhecimento e sua sistêmica económico-social*, II Encontro da Ulepicc Digitalização e sociedade, Bauru 13 a 14 de agosto.
- Castells, M. (1999). *La ciudad informacional. Tecnología de la información. El trabajo en el capitalismo Informacional. Reestructuración económica y el proceso urbano regional* Madrid: Alianza editorial.
- Cocco, G. (2001). "Introducción", en Lazzarato y Negri, *Trabajo Inmaterial. Formas de vida y producción de subjetividad*. Río de Janeiro: DP&A Editora.
- Charras, D. (2006). *Redes, burbujas y promesas. Algunas reflexiones críticas acerca del proyecto Sociedad de la Información y la nueva economía*. Buenos Aires: Ed. Prometeo.
- Chesnais, F. (1996). *A mundialização do capital*. San Pablo: Xamã Editora.
- Dantas, M. (1999). "Capitalismo na Era das Redes: trabalho, informação e valor no ciclo da comunicação produtiva", en Lastres y Albagli. (Eds) *Informação e Globalização na era do Conhecimento*. Brasil: Editora Campus.
- Dussel, E. (1998). *Ética de la Liberación*. Madrid: Trotta.
- Fazio, A. (2006). "El trabajo inmaterial como problema de la filosofía política", Buenos Aires: E-book, <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/fazio48.pdf>.
- Hardt, M. y Negri, A. (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Katz, C. (2001). "Revolución informática y transformación socioeconómica" en *Voces y Cultura*, N° 18: 11 – 39.
- Katz, C. (2000). *Mercantilización y socialización de la información y el conocimiento*. *Política y Sociedad*, 33: 207-216.
- Lazzarato, M. (1993). "El ciclo de la producción Inmaterial", *FuturAntérieur* N° 16, París, en Lazzarato, M. y Negri, A. (2001), *Trabajo Inmaterial. Formas de vida y producción de subjetividad*. Río de Janeiro: DP&A Editora.
- Lazzarato, M. y Negri, A. (2001). *Trabajo Inmaterial. Formas de vida y producción de subjetividad*. Río de Janeiro: DP&A Editora.
- Marquez, F. (2003). *El Nuevo Orden Mundial de la Comunicación en la Era de la Sociedad de la Información*. *Razón y Palabra*, n° 35: 1-5.
- Mattelart, A. (2002). *Historia de la sociedad de la información*. Barcelona: Paidós.
- Moulier Boutang, Y.; Corsanni, A.; y Lazzarato, M. y otros (2004). *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Roldán, M. (2005). "División internacional-informacional del trabajo y configuraciones tempo-espaciales. Explorando claves del desarrollo ausente argentino" en *Revista Sociología del Trabajo* n°. 53: 91-117.
- Tavares, M. (2002). "Prefacio", en Dantas, M. *A lógica do capital informação*. Rio Janeiro: ed. Contraponto.